

# El trabajo en la Biblia



**Por Gonzalo A. Rendón O.**  
Docente Ciencias Eclesiásticas  
garendono@ucn.edu.co

**H**ablando sobre el tema del trabajo con unos campesinos afrodescendientes en tierras chocoanas, uno de ellos con tono grave y de manera categórica afirmó: “El trabajo, mi gente, es un castigo de Dios por la desobediencia de nuestros primeros padres”.

Por supuesto, no citó ningún texto bíblico ni dio más explicaciones. No era necesario. Bastaba sólo con mirar la cruda realidad que viven estos campesinos y sus familias, las penurias y sufrimientos que tienen que enfrentar a diario para no morir de hambre, paradójicamente, en un territorio particularmente rico en tantos recursos.

Pero el caso de aquel campesino no es único; mucha gente aún comparte esa visión negativa del trabajo y asimismo el proceso del parto en la mujer; todavía hay quienes sostienen que los dolores del parto son también un castigo, una maldición que recibió la mujer por su culpa allá en el edén, y que las serpientes se arrastran por el suelo como castigo por haber hecho pecar a Eva y por ella a Adán; inclusive, la fantasía popular habla del “judío errante” y sostiene que se trata de Caín que fue condenado por Dios a recorrer eternamente el mundo por el pecado de fratricidio. No vamos a abordar aquí todos

esos aspectos, por supuesto que no. Sólo vamos a fijarnos en el tema del trabajo para ver hasta dónde aquella concepción pesimista en torno a él corresponde realmente al dato revelado; es decir, a lo que se puede deducir de la Biblia. Y para comenzar, es necesario afirmar que en ninguna parte, la Biblia establece una doctrina especial sobre el trabajo humano. Sin embargo, de las diferentes menciones que hace de él, podemos ir formándonos una concepción más positiva que aquella que ya hemos mencionado.

Una primera referencia que debemos abordar es la de Gn 2,15: “*Yahvé tomó, pues, al hombre y lo puso en el jardín del edén para que lo cuidara y lo cultivara*”. Es decir, en el plan creador de Dios, la única criatura que tiene desde su origen mismo una tarea específica, es precisamente el hombre; y esa tarea consiste precisamente en cultivar y guardar la obra creada, lo cual implica necesariamente el desarrollo de una actividad que podemos asimilar desde ya con el trabajo humano. Conviene tener claro que este versículo lo encontramos en el relato más antiguo de creación. El relato más reciente, aquel que nos narra la creación en seis días, nos ofrece de igual modo un dato muy interesante: después de haber creado Dios al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza (Gn 1,26.27), nos dice el texto que

*“los bendijo Dios diciéndoles: ‘Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla...’”* (Gn 1,28). Como quien dice, el hombre y la mujer no fueron creados para el ocio; tienen desde el comienzo una tarea definida cuyo fundamento y origen está en aquella “imagen y semejanza” con su creador:

la transformación de la obra creada mediante el trabajo.

Hasta aquí entonces, queda claro que la intención original de Dios con el hombre es hacerlo partícipe de algún modo en su creación. Y esa participación tiene un trasfondo que quizás muchas veces pasamos por alto: Dios mismo es asimilado en la Biblia con alguien que trabaja, pero que también descansa: “*Para el día séptimo había concluido Dios todo su trabajo; y descansó el día séptimo de toda su tarea. Y bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque ese día Dios descansó de todo su trabajo de crear*” (Gn 2,2-3).

En términos ideales, este fue el plan original de Dios con respecto al hombre y al trabajo; sin embargo, a lo largo de la historia, personas y pueblos enteros, se vieron sometidos a la servidumbre y la esclavitud; tal fue el caso de los israelitas y otra gran cantidad de pequeños pueblos que soportaron por siglos esta forma de trabajo (si así se le puede llamar) a manos de los egipcios. Este

va a ser el marco perfecto para la autorrevelación de Dios a Moisés donde va a quedar fijada de manera definitiva su posición respecto a las injusticias que pueden acaecer cuando el trabajo se torna en instrumento de opresión. Dice Dios a Moisés: *"He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel"* (Ex 3,7-8).

La determinación de Dios está muy lejos de hacernos pensar, por una parte, que Él esté en contra del trabajo y, por otra, que quiere llevar a estas personas a una tierra donde vivirán de "leche y miel". Respecto a lo primero, Dios no está en contra del trabajo; como ya vimos, Él mismo es percibido como un ser trabajador (Gn 2,7.8.19), lo que Él no tolera es el sometimiento y la opresión de las personas a través del trabajo; y con respecto a lo segundo, la tierra prometida, más que un espacio físico, es el símbolo del ambiente en el cual el ser humano, en toda libertad y conciencia, puede y debe, asumir su destino y su realización mediante el trabajo. Pero a esta tierra se llega después de un éxodo (salir de, ponerse en camino para) y una larga travesía por el desierto. Al término de ese desierto, la comunidad habrá interiorizado un precepto que se mantendrá por siempre: *"Durante seis días harás tus trabajos, pero el séptimo día descansarás, para que reposen tu buey y tu asno y se repongan el hijo de tu esclava y el emigrante"* (Ex 23,12). Es decir, trabajo sí, pero no sólo trabajo; el hombre y los animales, deben reposar, descansar, dedicarse tiempo a sí mismos, a los suyos y a Dios; hasta la misma tierra, entendida en la mentalidad bíblica como un ser vivo, necesita de un reposo periódico, un año sabático cada siete años (Lv 25,2-6).

A partir pues de aquella decisión

de Dios, de jugársela toda por los esclavizados en Egipto, la Biblia nos va mostrando cuál es el tratamiento que debe tener el trabajador. En el contexto de un conjunto de normas prácticas de justicia, nos dice el libro del Deuteronomio: *"No explotarás al jornalero, pobre y necesitado, ya sea hermano tuyo o emigrante que vive en tu tierra, en tu ciudad; cada jornada le darás su jornal, antes que el sol se ponga, porque pasa necesidad y está pendiente del salario"* (Dt 24,14-15); y en un tono similar encontramos este precepto en el Levítico: *"No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás. El salario del jornalero no será retenido contigo en tu casa hasta la mañana siguiente"* (Lv 19,13).

Y precisamente ese va a ser también el tono de los profetas. Ellos no callan ante ninguna injusticia. En forma de reproche, por ejemplo, Isaías se dirige así a quienes creen que sólo cumpliendo con unos preceptos religiosos pueden obtener de Dios algún beneficio: *"... miren: el día de ayuno ustedes buscan su propio interés y, sin embargo, siguen explotando a sus trabajadores"* (Is 58,3).

Ese va a ser pues, el tono característico de todo el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento encontramos un relativo silencio con respecto al trabajo; a veces se le reconoce su inmenso valor, pero otras veces pasa desapercibido. Se nota que tiene un valor positivo por ejemplo cuando se evoca la figura de Jesús trabajador: *"¿No es éste el carpintero, el hijo de María?"* (Mc 6,3) e hijo de trabajador: *"¿No es éste el hijo del carpintero?"* (Mt 13,55). De igual modo, Pablo aparece como ejemplo del que subsiste por su propio trabajo (cf. Hch 18,3) y de lo cual no se avergüenza (Hch 20, 34-35; 1Cor 4,12); y es precisamente con base en esa autoridad moral por lo que puede dirigirse enérgicamente a algunos holgazanes de Tesalónica para amonestarlos *"Cuando estábamos con ustedes, les dimos esta regla: el*

*que no quiera trabajar que no coma. Ahora nos hemos enterado de que algunos de ustedes viven sin trabajar, muy atareados en no hacer nada. A esos les recomendamos y aconsejamos, por el Señor Jesucristo, que trabajen tranquilamente y se ganen el pan que comen"* (2Tes 3,10-12).

En definitiva, no es motivo de contradicción el hecho de que en el Nuevo Testamento escaseen las referencias directas al trabajo; sabemos que es una época en la cual la inmensa mayoría de las personas pertenecen a la clase trabajadora y, por tanto, el trabajo es un componente esencial. Quizás, las dificultades, los problemas y las contradicciones de las comunidades cristianas primitivas no tocan de un modo tan directo el tema del trabajo; pero en todo caso, por lo poco que hemos visto, podemos ver que lo más común y sensato era, como bien lo afirmó Pablo, ganarse el pan con sus propias manos.

Ahora bien; es justo concluir que en la obra redentora de Cristo, todo lo que es humano es rescatado, redimido y elevado a la categoría de la más sana humanización, y ahí está también el trabajo. En otras palabras, en Cristo, el ser humano y sus labores diarias han adquirido el color y el brillo de la redención. No hay motivo para sospechar siquiera del valor positivo del trabajo ni del aporte que cada uno hace en pro de la humanización del mismo. Ese es el principal desafío que se impone cada vez con mayor fuerza al mundo del trabajo: la mutua humanización del hombre y del trabajo.

## Referencia

Schökel Alonso, Luis. (2006). *Biblia del peregrino. Adaptación: La Biblia de nuestro pueblo. Bilbao: Mensajero-Claretiana.*